

muestra partidario de establecer techos al endeudamiento de los particulares y de los propios agentes financieros. Es interesante su descripción de la característica definitiva de los banqueros: no es la avaricia, «es la ambición de ser los mejores en lo que hacen, ser el primero de la liga, dar el mejor consejo a los clientes, ejecutar transacciones impecablemente, proporcionar una investigación de primera clase, conseguir la mejor rentabilidad de los activos gestionados» (p. 145). El problema puede venir cuando este afán se convierte en un ídolo que excluye a los demás (y a Dios).

Por último, el trabajo de Michel Baroni «Financial Markets: A Tool for Transferring and Managing Risk» (pp. 153-164) quiere resaltar que, a pesar de los desórdenes morales que pueden darse en el mundo financiero, los mercados financieros pueden

usarse para mejorar la vida de las personas y servir mejor a la sociedad. Me parece que el autor acierta cuando afirma que la clave de la última crisis no fueron tanto los derivados financieros en sí mismos, sino, en gran medida, la falta de información y la irresponsabilidad en el proceso que va desde los creadores de los productos financieros hasta el inversor final que los adquiere (p. 162).

En conjunto, este libro es otra muestra de que el camino para conseguir que las aportaciones de la teología cristiana –y en particular de la Doctrina Social de la Iglesia– sean relevantes para el mundo de la economía pasa por buscar fórmulas adecuadas de colaboración interdisciplinar. Los editores merecen una felicitación por este trabajo.

Gregorio GUTIÁN

Pedro RODRÍGUEZ, *Fe y vida de fe*, Pamplona: Eunsa, 2013, 270 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-313-2897-9.

A raíz de la clausura del Concilio Vaticano II, el 29 de junio de 1967, el papa Pablo VI inauguró un *Año de la fe*. A la vez, comenzó a fraguarse este libro de Pedro Rodríguez que hoy vuelve a ser editado por Eunsa con ocasión de este nuevo año dedicado a la fe. Esta dedicación realizada por Benedicto XVI al cumplirse los 50 años de ese gran Concilio, constituye una forma emblemática de anunciar a todos los fieles que sólo desde la fe creída y vivida puede la Iglesia llevar adelante la riqueza de vida cristiana que manifiestan los documentos del Vaticano II.

La obra del Profesor Rodríguez (Cartagena, 1933; profesor emérito de la Universidad de Navarra, Académico del Número de la Real Academia de Doctores y de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino) recogía –y es lo que ahora se re-

edita– nueve homilías que el autor predicó en la catedral de Pamplona en la celebración de la Novena a la Inmaculada del año 1973. Los títulos de cada una de las homilías nos indican su hondo contenido, como es de esperar en cualquier escrito del autor; pero el tono familiar y profundamente piadoso en que fueron predicadas lo podrá apreciar quien disfrute leyéndolas y las medite. Las primeras cuatro se refieren a la fe como tal (pp. 21-127): «Nuestra fe, hoy»; «La fe como don de Dios al hombre»; «La fe como compromiso del hombre con Dios» y «La fe como conocimiento de Dios». Las cinco siguientes son reflexiones en torno a la vida de fe (pp. 131-254) y se tocan temas como los obstáculos que se presentan a esa vida, el cultivo intelectual de la fe, su relación con las virtudes humanas y relación maternal entre la Virgen

María y esta vida de fe. Cierran el libro los índices de autores y de referencias bíblicas.

Al releer ahora las homilías, se hace evidente que los desafíos que la Iglesia ha afrontado en ambos momentos tienen una enorme similitud pastoral y teológica. Basta pensar en la sexta homilía (pp. 155-179) que aborda la necesidad de cultivar también intelectualmente la fe y donde el autor subraya la imperiosa necesidad de formación doctrinal de todos los creyentes. Decididamente podemos afirmar que, aunque han pasado cuarenta años, «hoy

hace falta hablar de la fe, del acto de la fe y de la virtud de la fe, de la fe en Dios y de la fe en su Iglesia», afirmaba el autor en 1973 (12). Esas palabras –como toda la obra cuya reedición agradecemos– conservan toda su actualidad. La fe y la vida de fe. Ése debería ser el tema a lo largo de este año. Estamos convencidos de que la reedición de estas homilías puede ser una gran ayuda este año para que muchos hagan de la fe, personalmente, el tema de su vida.

Jorge F. HERRERA

Jorge MIRAS, *Fidelidad a Dios*, Madrid: Rialp («Patmos. Libros de espiritualidad», 252), 2012, 139 pp., 14 x 19, ISBN 978-84-321-4165-2.

El autor se mueve entre la libertad y la fidelidad que, para él, riman a la perfección. Define la fidelidad como plenitud en el propio ser, donado y ampliado por Dios por medio de la vocación, acogida por medio de la libertad. Define además la fidelidad en clave personalista: la fidelidad no es sin más a algo, sino a alguien: «a Jesús, el Hijo de Dios y, en consecuencia, a nosotros mismos» (p. 33). Junto a esta sensibilidad antropológica, Miras adopta un lenguaje existencialista y presta además una detenida atención también a la dimensión psicológica, en la que procura integrar los afectos y los sentimientos. Con un lenguaje sencillo y directo, con abundantes ejemplos gráficos, va estableciendo esta fenomenología de la fidelidad. Los textos en los que se apoya está constituido sobre todo por el evangelio, que va acompañado por textos de Juan Pablo II y Benedicto XVI, así como de algunos escritores espirituales (sobre todo de san Josemaría).

Con todo este cuadro quiere ofrecer nos una explicación en la que la libertad ocupa un lugar central, interpretada en clave de amor. Ésta es la cumbre de aqué-

lla. Al mismo tiempo, como buen jurista, el autor no deja de abordar las posibles consecuencias jurídicas de esa elección realizada en el seno de la Iglesia. «En los planes de Dios, en su providencia amorosa, la vocación acontece y se vive en la Iglesia, que es el gran misterio de vocación (de convocación) de todos los hombres y, de modo peculiar, de todos los fieles, formando un solo cuerpo» (p. 45). Sin embargo, en ocasiones podría dar la impresión al lector de que el concepto de libertad que es emplea en estas líneas es el de mera elección, aunque más adelante se llega a un concepto un tanto más denso: la libertad está sobre todo en saber asumir un compromiso adecuado, pues no basta con elegir, sino que se requiere también acertar. Empieza con una elección, pero no se acaba en ella. Sólo así la fidelidad será plenamente creativa.

De esta forma –concluye– se unen tiempo y fidelidad: la primera «es una actitud viva, esencialmente dinámica. La fidelidad, cuando la han de vivir seres que viven dentro del tiempo, sujetos necesariamente a cambios, en sí mismos y a su alrededor, [...] tiene que ser necesariamente *conquista-*